

XIV Domingo del Tiempo Ordinario Domingo 9 de julio de 2017

Zacarías 9, 9-10
Salmo 114
Romanos 8, 9. 11-13
Mateo 11, 25-30

Un Dios sencillo para un país complicado

En el relato anterior más inmediato, el evangelista describe el rechazo de las poblaciones, Corozáin, Betsaida y Cafarnaúm, a la novedad presentada por Jesús. Dichos pueblos no reciben a Jesús ni lo aceptan. Pero ante este fracaso inicial, Jesús no se desanima, más bien responde con una alabanza al Padre, porque los pobres y los sencillos lo reciben con alegría.

El pasaje del Evangelio se puede dividir en tres acciones: la relación con Dios, la relación entre Dios y Jesús, y la relación entre Jesús y su comunidad, es decir, la comunión de vida con nosotros. Al Padre, Jesús le da gracias, porque la soberanía de Dios en esta historia, el reinado de Dios, se hace vida a partir de los humildes y sencillos, los orgullosos y prepotentes de la sociedad deberán recorrer un largo camino de conversión para ponerse a tono con este anuncio.

Las personas sencillas son aquellas que se sienten niños pequeños delante de su papá o de su mamá, los menores de edad, incapaces de hablar y hasta ingenuos o débiles. Aquí no hay premeditación, cálculo, doblez, segundas intenciones. Pero los pobres eran considerados malditos por la élite especialista en la ley judía. Los sencillos eran los sin voz, la gente del pueblo, los humildes de la tierra a quienes los rabinos judíos no aceptaban como hermanos. Los despreciados estaban en esta historia para escuchar y obedecer. Jesús no rechaza a nadie, solo que aceptarlo a Él pide un corazón sencillo. Los poderosos podrán entrar en el Reino si se hacen humildes.

La relación entre Jesús y su Padre es especial, no nace de un conocimiento teórico e intelectual, sino de una "revelación". Sabemos cómo es el Padre en las acciones y en las palabras de Jesús. Este saber de Dios indica: *cercanía, familiaridad, comprensión, mutua entrega, amor.*

La relación entre nosotros, entre nuestra comunidad, y Jesús, parte de la acogida que él nos brinda para descansar y reposar en el Maestro. La imagen del yugo se usaba para identificar la ley judía, así como la imponían los escribas, los legistas, los saduceos y los fariseos. Era la imagen para los 613 preceptos de la ley en el siglo I, los cuales caían pesadamente sobre los hombros de los judíos. Para ellos la Torah era todo.

Jesús propone un yugo no para oprimir sino para liberar, para optar por los demás desde el servicio, la solidaridad y la compasión. Son las actitudes capaces de llevarnos a la comunión de vida con todos. Esta es una de las maneras como Dios llega a los humildes, a los pobres y sencillos. Porque no se trata de conocimientos ni de sabiduría, más bien, Dios nos comparte su vida. La vida es más importante que la información.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Jesús nos pone delante de una manera de vivir muy cercana a Dios, así como Él vivió con su Padre del cielo. Esa vida le da sentido a la existencia de una comunidad. Debemos postular como meta, no un conjunto de leyes y de normas, sino la vida de Dios, compartida con todos para el bien. Las crisis hoy no corresponden a la falta de información o de doctrinas, son crisis de vida.

Debemos enseñar y compartir una experiencia de un Dios cercano, que camina con nosotros cada día, es un "Dios con nosotros". Así nos liberamos de todo tipo de opresión. Un camino similar recorrió la santísima Virgen María a quien hoy recordamos en Colombia como "*Nuestra Señora de Chiquinquirá*", ella acompaña el ejercicio liberador de nuestra nación.

